

Fragmento del libro ‘Le soir approche et déjà le jour baisse’ del Cardenal Robert Sarah con Nicolas Diat

[¿Por qué tomé de nuevo la palabra? No puedo callar, no debo callar: Card. Sarah](#)

« *Si ellos callan, gritarán las piedras* » (Lc 19, 40).

« *Un traidor es un hombre que jura y que miente.* » William Shakespeare, Macbeth

¿Por qué tomar de nuevo la palabra? En mi libro anterior, os invito al silencio. Sin embargo, no puedo callarme. No debo callarme. Los cristianos están desorientados. Cada día, recibo de todas partes las llamadas de auxilio de quienes ya no saben qué creer. Cada día, recibo en Roma a sacerdotes desanimados y heridos. La Iglesia atraviesa la experiencia de la noche oscura. El misterio de iniquidad la envuelve y la ciega.

Diariamente nos llegan noticias cada vez más aterradoras. No pasa ni una semana sin que un caso de abuso sexual se nos revele. Cada una de estas revelaciones lacera nuestro corazón de hijos de la Iglesia. Como decía san Pablo VI, el humo de Satanás nos invade. La Iglesia, que debería ser un lugar de luz, se ha convertido en una madriguera de tinieblas. Ésta debería ser una casa familiar segura y apacible, y ¡he ahí que se ha convertido en una cueva de ladrones! ¿Cómo podemos soportar que entre nosotros, en nuestras filas, se haya introducido predadores? Numerosos sacerdotes fieles se comportan cada día como pastores solícitos, en padres llenos de dulzura, en guías firmes. Pero ciertos hombres de Dios se han convertido en agentes del Maligno. Estos han buscado profanar el alma de los más pequeños. Han humillado la imagen de Cristo en cada niño.

¡Desgraciadamente, Judas!

Los sacerdotes del mundo entero se han sentido humillados y traicionados por tantas abominaciones. Después de Jesús, la Iglesia vive el misterio de la flagelación. ¡Su cuerpo está lacerado. ¿Quiénes son los que golpean? Aquellos mismos que deberían amarla y protegerla! Sí, me atrevo a tomar prestadas las palabras del Papa Francisco: el misterio de Judas se cierne sobre nuestro tiempo. El misterio de la traición transpira por los muros de la Iglesia. Los abusos sobre los menores lo revelan de la manera más abominable. Pero se necesita tener el valor de mirar nuestro pecado a la cara: esta traición ha sido preparada y causada por muchos otros, menos visibles, más sutiles pero al mismo tiempo profundos. Vivimos después de mucho tiempo el misterio de Judas. Lo que ahora sale a la luz tiene causas profundas que es necesario tener el valor de denunciar con claridad. **La crisis que vive el clero, la Iglesia y el mundo es radicalmente una crisis espiritual, una crisis de la fe. Vivimos el misterio de la iniquidad, el misterio de la traición, el misterio de Judas.**

Permítanme meditar con ustedes sobre la figura de Judas. **Jesús le había llamado como a todos los apóstoles. ¡Jesús le amaba! Él lo había enviado a anunciar la Buena Nueva. Pero poco a poco la duda se apoderó del corazón de Judas.** De manera insensible, se puso a juzgar la enseñanza de Jesús. Se dijo a sí mismo: este Jesús es demasiado exigente, poco eficaz. Judas quiso hacer venir el Reino de Dios sobre la tierra, enseguida, por medios humanos y según sus planes personales. Sin embargo, había

escuchado a Jesús decirle: «*No son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos*» (Is 55, 8). Judas se alejó a pesar de todo. Ya no escuchó a Cristo. Ya no le acompañó en aquellas largas noches de silencio y de oración.

Judas se refugió en los asuntos del mundo. Se ocupó de la bolsa, del dinero y del comercio. **El mentiroso continuaba siguiendo a Cristo, pero ya no creía. Él murmuraba.** La tarde del Jueves Santo, el Maestro le había lavado los pies. Su corazón debió estar bien endurecido para no dejarse tocar. El Señor estaba ahí frente a él, de rodillas, servidor humillado, lavando los pies de aquel que debía entregarlo. Jesús posó sobre él una última vez su mirada llena de dulzura y de misericordia. Pero el diablo ya se había introducido en el corazón de Judas; él no bajó la mirada. Interiormente, debió pronunciar la antigua palabra de la revuelta: «*non serviam*», «*no serviré*». En la Última Cena, él comulgó mientras que su proyecto esperaba. **Aquella fue la primera comunión sacrílega de la historia.** Y él cometió traición.

Judas es para la eternidad el nombre del traidor y su sombra se cierne hoy sobre nosotros. Sí, como él, ¡hemos traicionado! Hemos abandonado la oración. El mal del activismo eficaz se infiltró por doquier. Buscamos imitar la organización de las grandes empresas. Olvidamos que sólo la oración es la sangre que puede irrigar el corazón de la Iglesia. Afirmamos que tenemos tiempo para perder. Queremos emplear ese tiempo en obras sociales útiles. **Aquel que ya no reza, ya ha traicionado.** Ya está listo para todos los compromisos con el mundo. Camina sobre el camino de Judas.

Toleramos todas las puestas en causa. La doctrina católica es puesta en duda. En nombre de posturas llamadas intelectuales, los teólogos se divierten destruyendo los dogmas, vaciando la moral de su sentido profundo. **El relativismo es la máscara de Judas disfrazada de intelectual.** ¿Cómo asombrarse cuando nos enteramos que tantos sacerdotes rompen sus compromisos? Relativizamos el sentido del celibato, reivindicamos el derecho a tener una vida privada, lo que es contrario a la misión del sacerdote. Algunos llegan incluso a exigir el derecho a conductas homosexuales. Los escándalos se suceden, entre los sacerdotes y entre los obispos.

El misterio de Judas se extiende. Quiero entonces decir a todos los sacerdotes: Permaneced fuertes y rectos. Ciertamente, por causa de algunos ministros, seréis etiquetados como homosexuales. Se arrastrará al lodo a la Iglesia católica. Se la presentará como si estuviera compuesta por completo de sacerdotes hipócritas y ávidos de poder. Que vuestro corazón no se turbe. El Viernes Santo, Jesús fue acusado de todos los crímenes del mundo, y Jerusalén gritaba: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!» No obstante las encuestas tendenciosas que os presentan la situación desastrosa de eclesiásticos irresponsables con una anémica vida interior, al mando del mismo gobierno de la Iglesia, permaneced serenos y confiados como la Virgen y San Juan al pie de la Cruz. Los sacerdotes, los obispos y los cardenales sin moral no empañarán en nada el testimonio luminoso de más de cuatrocientos mil sacerdotes a través del mundo que, cada día y en fidelidad, sirven santa y alegremente al Señor. **A pesar de la violencia de los ataques que pueda sufrir, La Iglesia no morirá. Es la promesa del Señor, y su palabra es infalible.**

Los cristianos tiemblan, vacilan, dudan. He querido este libro ['*Le soir approche et déjà le jour baisse*'] para ellos. Para decirles:

¡No duden! ¡Mantengan firme la doctrina! ¡Mantengan la oración! He querido este libro para reconfutar a los cristianos y a los sacerdotes fieles.

El misterio de Judas, el misterio de la traición, es un veneno sutil. **El diablo busca hacernos dudar de la Iglesia. Quiere que la veamos como una organización humana en crisis.** Sin embargo, ella es más que eso: ella es Cristo continuado. **El diablo nos empuja a la división y al cisma.**

El diablo quiere hacernos creer que la Iglesia ha traicionado. Pero la Iglesia no traiciona. La Iglesia, llena de pecadores, ¡ella misma es sin pecado! Habrá siempre bastante luz en ella para quienes buscan a Dios. **No seáis tentados por el odio, la división, la manipulación.** No se trata de crear un partido, de dirigirnos los unos contra los otros: « El Maestro nos ha puesto en guardia contra estos peligros al punto de tranquilizar al pueblo, incluso respecto a los malos pastores: no era necesario que a causa de ellos se abandonara la Iglesia, este púlpito de la verdad [...] No nos perdamos entonces en el mal de la división, por causa de aquellos que son malvados », decía ya San Agustín (carta 105).

La Iglesia sufre, ella es burlada y sus enemigos están al interior. **No la abandonemos.** Todos los pastores son hombres pecadores, pero llevan en ellos el misterio de Cristo.

¿Qué hacer entonces? No se trata de organizar y poner en obra estrategias. ¿Cómo creer que podríamos mejorar por nosotros mismos las cosas? Ello sería entrar todavía en la ilusión mortífera de Judas.

Ante la avalancha de pecados en las filas de la Iglesia, estamos tentados a querer tomar las cosas en nuestras manos.

Estamos tentados a querer purificar la Iglesia por nuestras propias fuerzas. Esto sería un error.

¿Qué haríamos nosotros? ¿Un partido? ¿Una corriente? Tal es la tentación la más grave: el oropel de la división. Bajo pretexto de hacer el bien, nos dividimos. **No reformamos la Iglesia por la división y el odio. ¡Reformamos la Iglesia comenzando por cambiarnos a nosotros mismos! No dudemos, cada uno en nuestro lugar, en denunciar el pecado comenzando por el nuestro.**

Tiemblo ante la idea de que la túnica sin costuras de Cristo corra el riesgo de ser desgarrada de nuevo. Jesús sufrió la agonía viendo por adelantado las divisiones de cristianos. ¡No le crucifiquemos de nuevo! Su corazón nos suplica: ¡tiene sed de unidad! El diablo teme ser nombrado por su nombre. Él ama envolverse en la niebla de la ambigüedad. Seamos claros. « Mal nombrar las cosas, es sumar a la desgracia del mundo », decía Albert Camus.

En este libro no dudaré en tener un lenguaje firme. Con la ayuda del escritor Nicolas Diat, sin quien pocas cosas habrían sido posibles y que ha estado desde que escribí ‘*Dios o nada*’ con una fidelidad sin falla, quiero inspirarme en la palabra de Dios que es como una espada de dos filos. No tengamos miedo de decir que la Iglesia tiene necesidad de una reforma profunda y que ésta última pasa por nuestra conversión.

Perdonen si algunas de mis palabras os incomodan. No quiero adormecerlos con palabras tranquilizantes y mentirosas. No busco ni el éxito ni la popularidad. ¡Este libro es el grito de mi alma! Es un grito de amor por Dios y por mis hermanos. Os doy, a vosotros cristianos, la única verdad que salva. La Iglesia se muere porque los pastores tienen miedo de hablar con toda verdad y claridad. Tenemos miedo de los medios de comunicación, miedo de la opinión, ¡miedo de nuestros propios hermanos! **El buen pastor da la vida por sus ovejas.**

Hoy, en estas páginas, os ofrezco lo que es el corazón de mi vida: la fe en Dios. Dentro de poco tiempo, compareceré ante el Juez eterno. Si no os transmito la verdad que he recibido, ¿qué le diré entonces? **Nosotros obispos deberíamos temblar al pensar en nuestros silencios culpables, en nuestros silencios de complicidad, en nuestros silencios de complacencia con el mundo.**

A menudo me preguntan: ¿Qué debemos hacer? Cuando la división amenaza, es necesario reforzar la unidad. Ésta no tiene nada que ver con una atención del cuerpo como existe en el mundo. La unidad de la Iglesia tiene su fuente en el corazón de Jesucristo. Debemos mantenernos cerca de él. Ese corazón que ha sido abierto por la lanza para que podamos refugiarnos en él, será nuestra casa. La unidad de la Iglesia reposa sobre cuatro columnas. La oración, la doctrina católica, el amor a Pedro y la caridad mutua deben convertirse en las prioridades de nuestra alma y de todas nuestras actividades.